



[Volver a "de sentido común"](#)

59 - De Sentido Común: **“El buen vino...”**

Nuestra relación con Dios y con los demás se basa en el amor. El amor humano del que tenemos experiencia tiene distintas expresiones, cada una de ellas con características particulares. De este modo conocemos el amor de los padres a los hijos (y viceversa), el amor de los amigos y el amor de los esposos. El amor de los hijos a los padres supone confianza y una relación de dependencia existencial; el amor de los amigos implica reciprocidad y cierta igualdad; el amor de los esposos lleva la característica de la totalidad y por tanto de la unicidad (se pueden tener muchos amigos, pero no muchos esposo/as), esto justifica una dosis justa de “celos”.

El amor a Dios es expresado en la Biblia con esos tres modos de amor: el de los hijos, el de los amigos y el de los esposos. Detengámonos en el tercero, aplicable tanto al amor entre los esposos como al amor de cada uno de nosotros hacia Dios.

En el milagro de las Bodas de Caná, justamente en el contexto de ese amor, Jesús a instancias del pedido de la Santísima Virgen, hace el milagro de convertir el agua en vino. Miremos más atentamente ese simbolismo para conocer mejor este modo de amar.

En primer lugar, el vino es fruto “de la tierra y del trabajo del hombre”, como decimos en el ofertorio de la Misa. Es decir, es un don y una conquista, un regalo y un arte. La uva no se fabrica, no se crea, y si la uva “no tiene grado” porque no está madura, entonces “no se puede” elaborar un buen vino, salvo que se lo adultere con alcohol agregado. Esto hay que

[Volver a "de sentido común"](#)



“De Sentido Común”

Ciclo de Reflexiones a cargo del Padre Héctor Albarracín

recordarlo especialmente en nuestro tiempo en el que parece que manejamos “la realidad” a nuestra voluntad. Un adolescente, por ejemplo, es por esencia inmaduro (nos referimos a que todavía tiene seguir creciendo en muchos aspectos), por tanto, su amor será inmaduro; no nos referimos a que es algo malo, pero no le va a alcanzar para elaborar este tipo de vino, salvo que lo adultere...

En conclusión: no ama el que quiere sino el que puede, repetimos: ¡no ama el que quiere sino el que puede!. El bautismo nos da la gracia de poder amar a Dios y al prójimo, el sacramento del matrimonio el poder amarse los esposos.

En segundo lugar, la elaboración del vino supone una transformación, y esa transformación un sacrificio, de tal manera que sería imposible hacerlo si cada uva quisiera conservar egoístamente su forma. Este proceso lleva el tiempo de las cosas bien elaboradas destinadas a durar.

En tercer lugar, en cuanto a la conservación del vino, podemos decir que, como el amor, el vino es algo “vivo” y, por tanto, hace falta alimentarlo y cuidarlo. Escuchamos decir a algunos matrimonios que se separan: “se acabo el amor”; se acaba la yerba o el dinero, pero el amor no se acaba sino que muere, “dejamos morir el amor” tendrían que decir. El vino no se “pica” simplemente por el paso del tiempo sino que, al contrario, se vuelve más añejo. Si se vuelve avinagrado es porque se elaboró mal o se conservó mal. Lo mismo pasa con el amor....

Por último, el vino – al igual que el amor- es para compartir. Son muy mala compañía el alcohol cuando se está solo, pero es un invitado especial en las fiestas porque produce alegría. El amor de los esposos está llamado a compartirse en los hijos y en la gran familia y en la sociedad.

Se nos acabó el espacio para seguir escribiendo pero que no se nos acabe el buen vino del amor, que alegra el corazón del hombre... Dios quiera que nunca se acaben las bodegas familiares que lo elaboren ni los buenos paladares que lo sepan “degustar”...

.

P. Héctor Albarracín

